Aniko Villalba - 2007

El bosquecito

La Primavera nació poco después que yo. Fue a mediados de los '80, cuando mi familia compró un terreno en el Delta. En un principio, todo lo que teníamos era media hectárea de pasto, barro y árboles. Y una casita —hoy en día sería considerada una choza— que se asomaba a la orilla del Arroyo Banco. No había electricidad, ni agua potable, ni teléfono —menos que menos—, ni cualquiera de los lujos que hoy me parecen totalmente normales. Invertimos en una lancha Bermuda Caribbean y comenzamos a ir todos los fines de semanas a ese paraíso que muy pronto bautizamos *La Primavera*.

De a poco, nuestro terreno empezó a florecer: construimos un muelle y luego otro con elevador para subir la lancha; fabricamos un galpón para guardar materiales, una casita para los albañiles y una casa más grande para nosotros; llegó la luz, el agua, el teléfono; plantamos árboles y nacieron las flores y los frutos; compramos botes, canoas y juguetes inflables. La Primavera se volvió popular entre la familia, los amigos y los vecinos.

Pero hubo un sector que siempre quedó intacto. Geográficamente, mi casa está a unos cien metros (de manera perpendicular) de una de las bocas del río Paraná. Se puede pasar caminando a través del terreno del vecino en menos de diez minutos. El único detalle es que entre el límite de mi casa y la del vecino hay un bosquecito de aproximadamente 40 metros (10 metros son nuestros, y el resto es de ellos). Pero como la tierra ahí es más baja y se inunda constantemente, nunca se ocuparon de desmalezarlo; además siempre sirvió como separación entre una casa y otra.

Los fines de semana, mi mamá se entretenía contándome historias sobre "la casa de la esquina" (así le decimos a *Rosabén*, la casa del vecino): que estaba embrujada, que habían matado y enterrado al jardinero, que ninguna familia podía vivir ahí sin que le ocurriera alguna desgracia… Las historias me aterraban y me fascinaban a la vez.

Cuando tenía 6 años invité, por primera vez, a una amiguita del colegio a pasar el fin de semana. Obviamente le conté todas las historias de fantasmas y jardineros, y, simulando ser valientes, decidimos hacer una expedición por el bosquecito. Le dijimos a mi mamá que nos íbamos a dar una vuelta, y nos adentramos en la jungla. Nuestro plan era ir en línea recta para salir directamente en lo del vecino, buscar la supuesta tumba del jardinero y volver corriendo. Pero después de caminar 20 minutos, todo lo que veíamos eran árboles altísimos y muchos yuyos. El río había desaparecido de vista al igual que las casas: estábamos perdidas en el Amazonas.

No sé cuánto tiempo estuvimos ahí, según me cuentan, habrá sido una hora, pero cuando uno es chico pierde la noción del tiempo y de los tamaños: los árboles medían el doble y los minutos pasaban muy rápido. En esa época no existía el celular y tampoco nos habíamos llevado los *walkie-talkie*, así que estábamos totalmente incomunicadas. Pero no

recuerdo haber tenido miedo, para mi era toda una aventura. Una aventura que terminó abruptamente cuando nos encontramos cara a cara con el jardinero.

Obviamente no era *EL* jardinero, era Nicanor, el cuidador de Rosabén en esa época. Aún hoy tengo escalofríos cada vez que pienso en el arma que llevaba, no sé si nos apuntó o no (algo me dice que sí), pero sí recuerdo que nos dijo de manera fría y autoritaria que no podíamos estar ahí. En ese momento no sé que hicimos, si corrimos, nos congelamos, gritamos, lloramos, no lo sé; sólo me acuerdo que a los pocos minutos nos encontró mi mamá, desesperada, y nos llevó a casa.

Al poco tiempo, mi mamá se encargó personalmente de abrir un sendero en el bosquecito: fabricó un camino que bordeaba el río y llevaba a lo del vecino. Me quedó cierta resistencia a acercarme a ese lugar, aunque hoy en día ya no me asusta y lo crucé muchas veces.

Nicanor murió (en el Arroyo se dice que alguien lo mató por no pagar una deuda), la historia del jardinero fue perdiendo fuerza y muchas familias pasaron por Rosabén. No pienso mucho en el tema, pero sé que cada vez que una familia se muda de esa casa, es porque alguna desgracia le ocurrió (a una se le quemó la lancha, a otra se le murió un hijo…). Me pregunto si las historias que me contaba mi mamá tenían algo de verdad, o peor aún, si Nicanor sigue viviendo en el bosquecito de al lado de La Primavera.